

## EL PENSAMIENTO REACCIONARIO EN LA HISTORIA DE ITALIA

La primera consideración que surge espontánea, tras el examen de las consecuencias que las diferentes doctrinas políticas, aparecidas en el ochocientos, han tenido sobre los filones ideológicos que poco a poco se fueron formando, es que el pensamiento conservador italiano no ha generado credos directos o indirectos.

El movimiento jacobino creó, de manera espontánea, una perenne inquietud en los diversos países europeos, inquietud que fue causa de los movimientos revolucionarios acaecidos, a ritmo apremiante, tras la Restauración y que, en Italia, dieron lugar a aquél partido demócrata que, después de 1821, se articularía en dos ramas: moderados (divididos, a su vez, en liberales progresistas y liberales moderados) y revolucionarios (1).

De estas dos matrices surgirán, después, las distintas fracciones que hoy operan y ocupan el espacio político nacional: partido liberal, partido republicano, partido socialista, partido comunista.

El movimiento católico no tiene unos orígenes tan remotos. Es, sin embargo, cierto que la «contrarrevolución» fue un hecho casi exclusivamente católico, puesto que se basaba en algunos presupuestos esenciales de la ortodoxia católica y, sólo de manera marginal, en necesidades que pudiéramos llamar políticas. Turín y Roma fueron los dos epicentros de la «reacción católica» al movimiento iluminista, jacobino y revolucionario, que había seguido los mismos derroteros que los acontecimientos franceses de 1870. En Nápoles, la contrarrevolución —también estrictamente ligada al principio «trono y altar»— tuvo, desde el punto de vista práctico, un carácter más doctrinal.

El actual movimiento católico «oficial» rechaza cualquier compromiso con aquel período y con aquellas organizaciones y, a lo sumo, se limita a considerarlos como fuerzas que indirectamente prepararon el camino para el nacimiento de un movimiento que más se inclinaba al Novecientos que al Ocho-

---

(1) M. VINCIGUERRA: *I partiti italiani dallo Statuto alla partitocrazia*, Bolonia, 1968, página 38.

cientos. El movimiento católico prefiere remontarse, por lo que a sus orígenes se refiere, a 1870, es decir, a un período que representa una separación gradual —aunque no decidida— con respecto a la situación anterior. Las iniciativas llevadas a cabo después de la Restauración pueden ser consideradas como «reaccionarias»; las que surgieron después de 1870, a instancias de la Santa Sede, pueden definirse como «reaccionarias clericales» (aunque hoy el término se suele utilizar en sentido peyorativo, entonces no lo era en absoluto).

Por consiguiente, tampoco el movimiento católico —más próximo hoy, en teoría, a las concepciones conservadoras del Ochocientos— puede o quiere ser definido como heredero y continuador del pensamiento conservador. Este pensamiento conservador revive, en la actualidad, en algunos sectores organizativos del movimiento católico que, sólo de manera indirecta y en una serie de situaciones contingentes, pueden nuevamente volver a la acción que los grupos reaccionarios o conservadores del Ochocientos llevaron a cabo (2).

De ello se deduce que el pensamiento conservador del Ochocientos representa un capítulo por sí mismo, agotándose prácticamente —por lo menos en Italia— con la progresiva pérdida de influencia por parte de aquellas naciones que, en el pasado, habían estado más próximas a las tesis expresadas por la ideología conservadora: Imperio Austrohúngaro y Estado Pontificio.

«En la idea de Restauración se hace coincidir todos aquellos conceptos, todas aquellas actitudes que facilitan la fórmula de *reductio ad unum*: fusión entre lo humano y lo divino; entre espíritu y cuerpo; entre autoridad y sociedad, etcétera» (3).

En concreto, la contrarrevolución —que desde el punto de vista histórico se identifica con la Restauración— pretendía restablecer el orden alterado por la ventolera revolucionaria que, durante un cuarto de siglo, trastornó al mundo civil y, sobre todo, a la sociedad edificada sobre la base del orden establecido por Dios.

El vínculo entre contrarrevolución e Iglesia Católica hay que buscarlo en la constante, natural acción de los «reaccionarios» en defensa de los principios trascendentes y dogmáticos de la Iglesia Católica. De esta relación surgió el binomio en el que inspiraron los conservadores para su actividad: trono y altar.

No es exacto decir que el movimiento conservador o ultramontano, cuyo nacimiento puede hacerse remontar a 1820-1821, era «antes de estos años disgregado, falto de prensa periódica y con una organización en estado embrionario» (4). El pensamiento reaccionario surgió de manera espontánea; fue con-

(2) S. FONTANA: *La controrivoluzione cattolica in Italia*, Brescia, 1968.

(3) P. PEDRIZZI: *Nascita, ascesa e tramonto del movimento ultramontano italiano*, en «Verso il Duemila», núm. 45, 1970.

(4) R. PEDRIZZI: Cit.

secuencia de un proceso natural de elaboración, más debido a individuos que a grupos, aislados en su acción organizativa y unidos, tan sólo, en el plano doctrinal.

Es difícil que en estas condiciones pensemos en una especie de masonería blanca que sirviese de nexo entre los diversos grupos, individuos, sectores, quienes sólo pretendían ocupar los cargos públicos que los más importantes representantes detentaban. Y también en este caso, la ortodoxia, la intransigencia de los reaccionarios recayó negativamente sobre sus posibilidades de afirmación, puesto que, con frecuencia, los principios por los que luchaban consideraron que estos paladines eran sospechosos y fastidiosos, que con su tenacidad levantaban demasiados obstáculos en un momento que cada vez era más favorable para los compromisos y para abandonar el camino de la intransigencia. El Príncipe de Canosa fue nombrado, por dos veces, Ministro de la Policía borbónica y en dos ocasiones fue expulsado del Gobierno. Monaldo Leopardi no alcanzó cargo más importante que el de miembro de la Congregación (gobernador) maceratense. Joseph de Maistre fue, durante algún tiempo, Ministro sin cartera del rey Sabauda.

Hablar de «uniones» sería inexacto. Se podría pensar en una especie de liga legitimista que, en cambio, sólo existía en el plano ideológico y como consecuencia de las diversas relaciones que los diferentes representantes mantenían entre sí, a través de escritos, correspondencia y periódicos.

La verdad es que grupos e individuos actuaban casi totalmente aislados, al enfrentarse con una serie de problemas que, con frecuencia, se hallaban en contradicción con los mismos principios por los que luchaban.

Esta falta de correspondencia entre acción ideológica y plano estructural fue una de las características más importantes del desarrollo del pensamiento reaccionario del Ochocientos. Los conservadores eran más bien hombres de pensamiento que de acción. A esto hay que añadir los desengaños sufridos al poner en práctica la doctrina. De esta manera, aquéllos tendieron a irse encerrando en una especie de torre dorada y a elaborar tesis que, precisamente, como consecuencia del aislamiento de sus promotores, llevaron consigo fuerza e intensidad.

Los principales centros del pensamiento reaccionario fueron Turín y Nápoles. El primero, gracias a De Maistre, el segundo, al Príncipe de Canosa (Antonio Capece Minutolo de). Podemos identificar un tercer centro en el Estado Pontificio: el formado en torno a Monaldo Leopardi, padre de Giacomo y director de *La Voce della Ragione*.

Otros centros eran Módena y Florencia. Pero Módena constituía una especie de apéndice, condicionado por los otros centros más importantes. Florencia dio lugar a una escuela que más que reaccionaria o conservadora fue «moderada».

En efecto; *Antología*, revista en torno a la cual actuaba el grupo, oscilaba entre un liberalismo bastante tibio y la moderación pura. Cuando en 1859 la situación se derrumbó, el grupo florentino se dispuso a seguir la primera vía y, con el transcurso de los años, se convirtió en el epicentro de la corriente conservadora dentro del partido liberal (5). Por consiguiente, cabe dudar a la hora de definir como «reaccionario» al grupo que actuaba en Florencia.

#### JOSEPH DE MAISTRE

«Come Maurras fut, une saison, démocrate chrétien et adepte de Lamennais, M. de Maistre crût aux «Lumières» et s'affilia a la Franc-Maçonnerie» (6). De este modo, Jacques Ploncard d'Assac expone una tesis que nos deja perplejos y que arroja una luz singular, completamente nueva, sobre la figura del gran tradicionalista piemontés.

«Entre la fin de ses études et la Révolution française (o sea, en veinticinco años), il s'écoule quatorze années pendant lesquelles Joseph de Maistre va subir la double tentation du libéralisme et de l'illuminisme. On trouve les deux dans la Franc-Maçonnerie. En 1778, le substitut de Maistre se fait initier à la loge *Saint Jean des Trois Mortiers* qui relève du Grand Orient d'Angleterre» (7).

Sin embargo, pocos meses después, una ruptura en el seno de la organización masónica llevó a que de Maistre diese vida a una nueva logia de «rito escocés», la *Sincérité* de Chambéry. El futuro jefe del movimiento tradicionalista piemontés llevó a cabo numerosas experiencias en este mundo que, sucesivamente, hubiera combatido con ferocidad: en efecto, se sintió atraído por el ocultismo y por otras prácticas rituales condenadas por el catolicismo.

Pero se trató, evidentemente, de una experiencia estimulada por el entusiasmo juvenil. Más tarde, el propio De Maistre solía responder a quienes le preguntaban por aquella época, con la siguiente frase: «Je ne veux point me rappeler certaines choses» (8).

En efecto, las sucesivas actitudes de De Maistre fueron cambiando con el transcurso de los años. Es opinión generalizada que su breve afiliación a la masonería fue debida al deseo de «conocer» al adversario para, después, combatirlo mejor. Sea lo que fuere, lo cierto es que De Maistre se convirtió en uno de los críticos más despiadados de aquellas logias que tan importante papel

(5) Para una visión clara de la actividad de este grupo véase A. SALVESTRINI: *I moderati toscani e la classe dirigente italiana* (1859-1876), Florencia, 1965.

(6) J. PLONCARD D'ASSAC: *Enquête sur le nationalisme*, Lisboa, 1969, pág. 9.

(7) J. PLONCARD D'ASSAC: Op. cit., pág. 15.

(8) J. PLONCARD D'ASSAC: Op. cit., pág. 16.

desempeñaron durante la Revolución francesa. En suma, de su permanencia en la secta, el conde saboyano no conservó más rasgos aparentes que los de insistir con conocimiento de causa en su hostilidad hacia ella (9).

Desde el punto de vista doctrinal, no hay duda de que la contribución de De Maistre a la elaboración de un pensamiento reaccionario ha sido importante: como consecuencia de la talla intelectual del autor y de su profunda preparación.

De Maistre, que vio y sufrió personalmente la época revolucionaria, analiza de manera detallada el fenómeno, haciendo resaltar por ello muchos de los desastres que sucesivamente afectaron a la sociedad y, sobre todo, atribuyéndole la responsabilidad del progresivo desmoronamiento de un orden que para De Maistre era y debía ser inmutable.

Cuando habla del carácter satánico de la Revolución francesa, De Maistre se refiere a la concentración de fuerzas subversivas en el movimiento revolucionario: fuerzas que estaban siendo manejadas por una «inteligencia» superior, con objeto de debilitar la estructura del catolicismo y del orden basado en las leyes naturales. Traza un rápido bosquejo de los presupuestos y de las consecuencias del movimiento revolucionario, que se sintetizan de la siguiente manera: la revolución no se limita a un país, sino que es un hecho universal, y como tal queda encuadrada y es combatida. ¿Nos podemos oponer a la revolución? Sí, a condición de que la humanidad vuelva a los «orígenes», comprendiendo, por ejemplo, que el orden es el elemento natural del hombre.

Es, sobre todo, la irreligiosidad del movimiento revolucionario lo que de tal manera afectó a De Maistre, que le indujo a establecer consideraciones del tipo siguiente: «Sin duda alguna, siempre ha habido vicios en el mundo». Ahora bien, aún cuando siempre haya habido impíos, nunca se había producido, antes del siglo XVIII y en el seno del Cristianismo, una insurrección contra Dios; nunca se había visto una conjura sacrílega de todas las mentes contra su autor: o, por lo menos, esto es lo que hemos estado viendo ahora. Los hombres de este siglo han sacrificado el genio a la irreligiosidad; con sus propios dones han hecho la guerra a Dios: *Ils ont guerrié Dieu de ses dons*. Los escritores de la época no tratan ya al Cristianismo como un error humano sin consecuencias; lo persiguen como un enemigo capital, lo combaten por encima de todo; se trata de un duelo a muerte; y lo que, de no tener la triste prueba ante los ojos, pudiera parecer increíble es que muchos de estos hombres que se llaman

---

(9) DE MAISTRE escribió mucho. Para los temas que nos interesan véase: *Les Soirées de Saint-Pétersbourg*, París, 1867; *Plan d'un nouvel équilibre en Europe. Essai sur le principe générateur des constitutions humaines*, Tours, 1882; *Une politique expérimentale*, París, 1940; *Du Pape*, Lyon, 1874.

a sí mismos filósofos pasaron de odiar al Cristianismo al odio personal contra su Divino Autor. Aquellos le odiaron, en realidad, como se puede odiar a un enemigo viviente (10).

La posición doctrinal de De Maistre es amplia y compleja. Sería demasiado largo examinarla aquí detalladamente. Por lo tanto, parece especialmente interesante la actividad asumida por él frente a uno de los temas fundamentales de la batalla reaccionaria; el de la soberanía.

«Como no se puede hablar de contrato social a causa de los orígenes de la sociedad, también resulta absurdo hablar de él a propósito de los orígenes de la soberanía.

»Si no es posible concebir al hombre fuera de la sociedad, tampoco se podrá concebir a la sociedad sin soberanía. Han nacido juntas: sociedad y soberanía. La soberanía puede ser diferente para cada nación por cuanto diversos son los elementos morales, históricos, de cuya estirpe depende, pero siempre es idéntica: una e inviolable. Una porque una es la voluntad que la crea; inviolable y absoluta, porque nada existe por encima de ella y nadie está en condiciones de juzgarla. Su único objetivo es el bien común temporal y espiritual y, como consecuencia de esta unidad de objetivos, el Estado y la Iglesia deberán colaborar juntos.

»Así, pues, el orden que la soberanía pretende instaurar se parece al orden universal. En efecto, tanto el orden universal como el orden social se rigen por leyes del universo que obedecen a una necesidad física; las sociales se hallan sometidas a la voluntad humana. Evidentemente, cuanto más se aleje u oponga el hombre a estas leyes, tanto más se verá alterado el orden social y la voluntad de Dios cambiará, dando lugar a sublevaciones y desórdenes.

»La soberanía, tal y como la entiende el Conde, es, quizá, inconcebible para la mayoría de los hombres contemporáneos, siendo como es inviolable, indivisible, no pudiendo ser personificada más que por el Rey y no pudiendo depender más que de Dios» (11).

Está clara la conexión entre la concepción de De Maistre y la de otros representantes del movimiento tradicionalista. El pensamiento reaccionario se basa en un presupuesto que es igual para todos: la unión entre trono y altar. En torno a esta unión se articulan otras posiciones que pueden variar y que, en efecto, varían de acuerdo con las contingencias de orden personal, geográfico, político y social.

---

(10) B. CROCE: *Il duca di Serracapriola e Giuseppe de Maistre*, en «Uomini e cose della vecchia Italia», Bari, 1927, págs. 193-224.

(11) R. PEDRIZZI: *Stato e diritto nel pensiero di de Maistre*, en «Relazioni», número 6, 1970.

El hecho de que De Maistre insistiese sobre temas religiosos indica, de manera inequívoca —aparte de los orígenes intelectuales, debidos a su unión con los jesuitas— la relación existente con la plataforma ideológica, por así decirlo, del movimiento reaccionario, plataforma que constituía el consistente punto de contacto entre las diversas corrientes y grupos.

Una vez más repetimos que De Maistre purificó el pensamiento reaccionario, dando una visión casi subjetiva de los principales temas, pero no por ello desarraigada del contexto general.

«Como ya sabemos. De Maistre dedica a la religión sus páginas más apasionadas y polémicas. Para él la única y verdadera religión es la católica, y el cristianismo es su contenido fecundizador. La polémica que él entabló con las *sectas* reformadas surgió como consecuencia de que «la religión es una cosa y las sectas otra». La palabra «secta» significa «separación»: ello necesariamente lleva implícito un cuerpo primitivo en el que se haya producido un corte y es, precisamente, la iglesia protestante una secta, por cuanto se halla separada de la Iglesia Universal» (12).

En su polémica, De Maistre tiende, ante todo, a identificar las raíces de la «disensión» anticatólica y los centros de «ateísmo», llegando a la conclusión de que Inglaterra, patria del empirismo filosófico, ocupa un puesto de primordial importancia en este aspecto.

Partiendo de esta base, destruye a Hume, el filósofo que más ha teorizado el ateísmo. Pero también en este análisis subsiste para De Maistre una escala de valores negativos. Los pensadores más nocivos son, por orden, Hume, Gibbon y Robertson. David Hume es el peor de todos: «Su frío veneno es bastante más dañino que la rabia de Voltaire».

La dureza de la tesis de De Maistre ha provocado y sigue provocando polémicas. El conde saboyano nunca fue suave a la hora de maltratar a sus propios adversarios o de afirmar el valor de las tesis que defendía. Basta con pensar en su juicio acerca de la «Inquisición», a la que definió como «buena, dulce y conservadora por naturaleza», características estas «universales e indelebles a toda institución eclesiástica» (13).

Pero es, precisamente, esta intransigencia suya la que ha hecho del gran tradicionalista piemontés uno de los representantes más calificados e inteligentes del movimiento conservador. En De Maistre, el pensamiento reaccionario pierde, por completo, aquel tono a veces irritante que ha caracterizado a la acción de otros representantes. Se convierte en toda una doctrina, aunque con

(12) B. BRUNELLO: *Joseph de Maistre político e filosofo*, Bologna, 1967, pág. 137.

(13) J. DE MAISTRE: *Lettres a un gentilhomme russe sur l'inquisition espagnole*, Paris, 1822, pág. 169.

sus características una veces aceptables y otras criticables; pero no importa. Lo que cuenta es que la base de la ideología reaccionaria —tal y como fue expuesta por De Maistre— es muy sólida. Se trata, en concreto, de una depuración de aquellos ángulos tan sumamente negativos que dieron a los adversarios pie para la polémica y motivos de crítico escarnio.

Y esta concreción ideológica, aparte de lo original de algunos argumentos —aquella originalidad de la que no toda y no siempre supo dar pruebas la doctrina reaccionaria— representa uno de los grandes méritos de De Maistre.

#### MONALDO LEOPARDI

De los centros reaccionarios operantes en Italia en 1800, el del Estado Pontificio ha sido, con toda certeza, el que menos rastros de importancia ha dejado en la historia del pensamiento conservador. El panorama de las iniciativas llevadas a cabo en los Estados Papales es especialmente pobre. Desde el punto de vista práctico de las realizaciones, merecen especial atención los «Centuriones», especie de organización semiclandestina, creada para tutelar los intereses del Pontífice frente a la amenaza revolucionaria. Los «Centuriones» se tornaron tan sumamente peligrosos que las autoridades decidieron deshacerse de paladines tan entrometidos y les prohibieron toda actividad. Desde el punto de vista doctrinal, el único centro reaccionario importante que operaba en el Estado Pontificio fue el que se creó en Recanati y se constituyó en torno al Conde Monaldo Leopardi, padre de Giacomo.

Monaldo Leopardi era algo más que un clerical. Era partidario acérrimo del más rígido absolutismo y portavoz de la tendencia integralista extrema.

Todos los historiadores coinciden en afirmar que Monaldo Leopardi no ha sido un genio brillantísimo. Sus propios amigos y biógrafos lo definen como un gran polemista, como un hombre valiente que pagó personalmente su devoción por la causa pontificia. Pero nada más que esto. Las tesis por él esgrimidas son, en realidad, aspectos de posturas ideológicas ya elaboradas y a las que Leopardi se refería en sus obras. Fueron estas tan numerosas que por lo menos precisaron de ocho a diez volúmenes (14).

La única contribución original que Monaldo Leopardi hizo a la historia

---

(14) MONALDO LEOPARDI fue escritor fecundo aunque superficial. Trató todos los temas, incluso escribió una tragedia. Entre sus textos que más interesan al pensamiento reaccionario podemos citar: *Dialoghetti sulle materie correnti nell'anno 1831*, Pesaro, 1831; *Sulla storia d'Italia continuata da quella del Guicciardini di Carlo Botta*, Livorno, 1836; *Prediche recitate al popolo liberale da Don Muso Duro curato nel paese della verità e nella contrada della poca pazienza*, 1832.



del pensamiento reaccionario fue, en verdad, el extremismo que imprimió a las tesis sostenidas, tendentes siempre a adoptar una postura radical e intransigente.

De todos modos, repetimos una vez más que Monaldo Leopardi sufrió las consecuencias en su propia persona: no sólo frente a los adversarios, sino también frente a aquellos por quienes combatía. Estos no siempre supieron recompensar con simpatía su devoción, asustados, quizás, por las posturas extremas del recanatense.

La mayor desilusión de Monaldo Leopardi fue la que le produjo *Las Voces della Regione*, periódico que fundó para tutelar las posiciones del integrista católico y que tuvo que dejar de publicarse a petición de Roma (15).

«Fiero campeón del absolutismo, enemigo acérrimo de toda libertad, desconfiado con respecto al progreso, no dejó escapar ninguna ocasión de luchar por aquellos principios a los que durante toda su vida rindió culto» (16).

La ocasión más propicia se le presentó con la *Voce della Ragione*, revista creada a imitación de la *Antología di Firenze* y a la que, al mismo tiempo, quiso servir de respaldo y contrapunto.

El periódico nació a instancias de un tipógrafo de Pesaro, Annesio Nobili, quien implicado en manejos revolucionarios durante los anteriores disturbios, creyó poder rehacer su reputación cerca de Roma uniéndose a un hombre como Monaldo Leopardi. Gozaba éste de fama y prestigio en la Secretaría de Estado. Por consiguiente, el tipógrafo fue quién financió la empresa y Leopardi su director «político», como hoy se suele decir.

Pero pronto se puso de manifiesto que la iniciativa fue todo un éxito, incluso desde el punto de vista económico. La revista alcanzó los 2.000 suscriptores, cuyas cuotas iban a parar, exclusivamente, a Nobili. El tipógrafo obtuvo, además, «700 escudos del Papa, en dos o tres ocasiones, 50 cequíes del Duque de Módena y un legado de otros 500 escudos del Cardenal Albani» (17).

El primer fascículo de la revista apareció el 31 de mayo de 1832 y hasta 1835 se publicaron otros ochenta y nueve.

Ya en su primera edición la revista obtuvo un gran éxito, no sólo en los ambientes conservadores, sino también en los oficiales. El Cardenal T. C. Bernetti, Secretario de Estado, llegó a escribir una carta a las autoridades locales recomendando *La Voce della Ragione*. Lo mismo hicieron otros funcionarios

(15) Memorias de la *Voce della Ragione*, a cargo de C. ANTONA TRAVERSI, en «*Per nozze Ferrajoli-De Rossi*», Roma, 1886.

(16) A. AVOLI: *Autobiografía di Monaldo Leopardi con Appendice*, Roma, 1883, página 17.

(17) A. AVOLI: Op. cit., págs. 363-364.

pontificios quienes, sin duda alguna, a instancias de Roma, invitaron a sus administradores a que mirasen con simpatía y apoyasen la obra de Monaldo Leopardi.

Pero esta atmósfera idílica empezó a enrarecerse hacia fines de 1835, cuando la Secretaría de Estado consideró que la intransigencia de Leopardi era excesiva. No están claras las causas de la muerte de la revista. Oficialmente se comunicó a Leopardi que dos artículos —uno de ellos titulado *La scuola di La Menmais*, apareció en el fascículo 87 y otro, acerca de la supuesta audiencia que el Papa había concedido a la Duquesa de Berey, apareció en el número 86, «habían desagradado bastante al Pontífice» (18).

Leopardi, a su vez, sostiene que quien en verdad acabó con el periódico «fue Monseñor Tosti, tesorero general de la corte pontificia, con gran influencia en aquellos ambientes y su "adversario implacable"» (19).

Es cierto que, el 27 de noviembre de 1835, recibió órdenes de no enviar más ejemplares de la revista a la Secretaría Pontificia y que, poco después, le fue notificado a Leopardi que Roma había decidido suprimir el periódico.

Monaldo Leopardi acogió con resignación la decisión. Hasta tal punto esto es así que, más tarde, escribió a propósito de la situación tan sumamente delicada que se originó tras la fricción con Roma: «Esto quiere decir que hubo peligros manifiestos incluso para mi propia persona. Sin embargo, yo no merecía el honor de sufrir por la gloria de Dios» (20).

La mejor definición de Monaldo Leopardi fue la que dio el Padre Giovanni Roothaan, Prepósito general de la Compañía de Jesús: «Un jesuita vestido con traje corto.» En efecto, Monaldo Leopardi era el típico producto de una mentalidad particular, basada en cánones tradicionales e inmutables.

Lejos de su mente se hallaba cualquier idea de ganancia; él mismo escribió que durante toda su batalla en defensa de los valores tradicionales, la única recompensa que obtuvo fue una medalla como recuerdo del Papa (21).

Pero no se lamentaba. Encerrado en un mundo que era totalmente suyo, aunque físicamente redujese la idea de una realidad que para él era inmutable y ajena a cualquier forma de alteración de las leyes naturales.

Para poder comprender el grado de rigidez de su credo absolutista, basta con que leamos el «programa» de la *Voce della Regione*: «Propongamos la publicación de un nuevo periódico que refute los sofismas y los errores de la impiedad y del espíritu revolucionario y que propague las doctrinas de la

(18) A. AVOLI: Op. cit., pág. 45.

(19) A. AVOLI: Op. cit., pág. 41.

(20) C. ANTONA-TRAVERSI: Op. cit., pág. 48.

(21) C. ANTONA-TRAVERSI: Op. cit., pág. 38.

religión y de la moral, del orden social y de la fidelidad. El periódico se imprimirá sin señalar el lugar y, como suele decirse, en el anonimato; pero este anonimato no será un bosque hórrido y tenebroso, ni crecerán en él cipreses funerarios sobre la tumba de la virtud y del pudor. Por el contrario, se tratará de una selva de olivos y laureles destinados a dar el ramo de la paz y la corona de la justicia; y los informes de esta selva, iluminados por el sol de la verdad, siempre serán accesibles a la mirada y a la acción de la legítima autoridad. Para servir con utilidad a la causa del altar y del trono es necesario poder escribir con libertad generosa y cristiana; además, si se quiere que los pueblos acojan de buen grado la represión, será menester que, algunas veces, también veamos con respeto y al mismo tiempo con franqueza, los errores del Rey. Al principio no resulta desagradable aquella libertad, que es hija del afecto y del celo y que se guía por el juicio y la moderación, pero las cuestiones político-sociales imponen a los Gobiernos determinados deberes y les prohíben aprobar, públicamente, ciertos escritos que desearían difundir. El libro más atrevido y fiel que haya conocido Europa (*I Dialoghetti*) se pasea libremente, desde hace algunos meses, por todas las naciones del Continente; pero, si este libro no se hubiese imprimido en el anonimato, no hubiera podido ver la luz en las actuales circunstancias de los asuntos europeos» (22).

Este era el programa de *La Voce della Ragione* y, al mismo tiempo, el programa personal de Monaldo Leopardi. He aquí, pues, en pocas líneas, expuestos los presupuestos doctrinales de su acción: «Servir últimamente a la causa del altar y del trono.» En este binomio se centra la acción de los reaccionarios italianos del 1800, quienes se daban cuenta de lo peligroso de las infiltraciones jacobinas en una estructura como la absolutista que, a duras penas, había superado la crisis revolucionaria y el período napoleónico.

Monaldo Leopardi partía de estos dictámenes, comunes a todos los conservadores de la época, para ir todavía más adelante en el camino de la intransigencia. Su credo político queda perfectamente expuesto en el *Catechismo Filosófico*, una de tantas obras surgidas de su fervorosa pluma: «...el hombre, como nace sin bastarse a sí mismo, nace con la necesidad y con la obligación de vivir en sociedad, porque vivir en sociedad no es consecuencia de un hecho voluntario, sino condición inseparable de la naturaleza del hombre; que la sociedad no puede subsistir sin una autoridad que la regule y gobierne; por ello, el hombre, al nacer dentro de la sociedad y para la sociedad, nace con la obligación de someterse; no nace en libertad y con derecho a la libertad; que los hombres, al nacer con fuerzas, salud y volun-

---

(22) A. AVOLI: Op. cit., pág. 359.

tad diferentes, nacen dentro de una desigualdad natural de la que inevitablemente se sigue la desigualdad civil; que para garantizar la prosperidad individual y el orden social, Dios ha impuesto a cada uno la obligación de cumplir con sus propios deberes, con la cual quedan suficientemente protegidos los derechos de todos; que como quiera que los hombres tienen necesidad de ser gobernados, y como quiera que esta necesidad procede de su misma naturaleza y de Dios, el poder soberano también procederá de Dios; que los pactos y constituciones establecidos por el hombre no pueden alterar el principio y disminuir las razones de la soberanía, la cual recibe su poder de la Divinidad; que, entonces, la soberanía resulta más provechosa para el orden social si reside toda ella en la persona de un solo monarca; que cuando la soberanía no se ha establecido con título legítimo, no viene de Dios y no recibe su poder de Dios; que la rebelión del pueblo siempre es contraria al mandato de Dios, y es la mayor calamidad que puede afligir a un pueblo; que, precisamente, por el bien del pueblo, el soberano deberá reunir en su persona todos los poderes de la soberanía; de otro modo, no tendría la soberanía; que aun cuando los pensamientos recónditos de la mente sólo los conoce Dios, y sólo Dios los puede juzgar, la manifestación de las opiniones y de los pensamientos se halla sometida a la jurisprudencia del príncipe y, en caso de aquellos se opongan a las leyes y al bienestar social, puede ser castigada por el príncipe; que, precisamente, por tener que vivir los hombres divididos en varias condiciones y clases, no resulta igualmente útil para todos un mismo grado de cultura y civilización y, por consiguiente, que para que haya bienestar social es necesario que moderemos un excesivo avance de la civilización» (23).

#### ANTONIO CAPECE MINUTOLO DI CANOSA

El tercer centro de pensamiento reaccionario en la Italia del 800 fue Nápoles. Y lo fue, sobre todo, gracias a una figura relevante que dejó visible huella en la historia del pensamiento conservador: el príncipe de Canosa.

A diferencia de lo que ocurría en los centros reaccionarios, donde la acción era estimulada por grupos limitados compuestos por pocos elementos o centrados en torno a un sólo individuo, Nápoles se caracterizó por una pluralidad de iniciativas.

Bajo la supervisión del abate Baraldi vio la luz la *Enciclopedia Ecclesiastica*

(23) A. AVOLI: Op. Cit., págs. 356-357.

*Morale*, que según De Rosa era «adversaria de aquella política de amalgama y absorción de los elementos comprometidos con el decenio napoleónico» (24).

Baraldi consiguió publicar su revista durante 1821 y 1822, con la protección del príncipe de Canosa. Después, se le hizo suspender la publicación. Pero durante el período de su publicación la *Enciclopedia* dejó una huella indeleble en la historia del pensamiento reaccionario; sobre todo, a causa de la intransigencia y del dogmatismo de las tesis sostenidas.

Baraldi era un «fraile joven y flaco, de aspecto sencillo y alegre, con dos ojillos negros hundidos que brillaban como una joya; con un tacto y carácter amabilísimos» (25).

Es de notar que durante el período de la Restauración florecieron, también, otras iniciativas reaccionarias en Italia, aparte de las que caracterizaron los tres principales centros de intransigencia conservadora: Turín, Estado Pontificio y Nápoles. Pero se trató de un puro y simple «apéndice» que, a nuestro modo de ver, no estaba en condiciones de sentar escuela, cosa que en cambio sí ocurría con las otras. Citaremos las más importantes: *Memorie di Religione, di Morale e di Letteratura*, dirigida por Giuseppe Baraldi, con la colaboración de Marco Antonio Parenti y de Paolo Ruffini y publicada en Módena; la *Pragmatologia Cattolica*, editada en Lucca; el *Giornale Ecclesiastico*, de Roma.

De todos modos, el elemento más relevante fue, en Nápoles, el príncipe de Canosa (26). Al igual que De Maistre y Leopardi, favorecía éste una concepción rígidamente absolutista, tanto desde el punto de vista religioso como social. Resulta sintomática la coincidencia de opiniones de los tres principales representantes del movimiento. Parece como si fuese una sola mente la que pensara y actuase a impulsos de una sola voluntad. También las palabras —de sus escritos programáticos— son casi idénticas. Bastará con que leamos a Canosa después de haber examinado —como ya hicimos— a De Maistre y Leopardi.

«La sociedad, al estar formada por un conjunto de hombres, no puede ser privada de aquellas cualidades esenciales pertenecientes a los individuos que la componen. O, de la misma manera que no puede concebirse al hombre sin alma y sin religión, también la ciudad deberá tener su propio espíritu y razón. El espíritu que rige a la ciudad... es el poder, las leyes son la razón de la sociedad...

(24) G. DE ROSA: *Storia del movimento cattolico in Italia*, Bari, 1866, I, págs. 39.

(25) S. FONTANA: *La cultura cattolica italiana nell'età della Restaurazione*, en «*Rassegna di Politica e Storia*», núm. 121, 1964.

(26) CANOSA escribió mucho, pero sus principales obras son la *Epistola ovvero riflessioni critiche sulla moderna storia sul Reame di Napoli del Generale Pietro Colletta*, Capolago, 1834, y *I piffari di montagna. Ossia cenno estemporaneo di un cittadino imparziale sulla congiura del principe di Canosa e sopra i carbonari, epistola critica diretta all'estensore del foglio letterario di Londra*, Parma, 1820.

Es más, se deberá amar al Monarca en primer lugar y más que a todo el resto: Puesto que no sólo es una parte integral y necesaria de aquel todo que llamáis Patria, sino que, de la misma manera que el alma humana es superior y más noble que el cuerpo, la Patria es más noble que aquél compuesto. Por todo ello, al igual que el alma del hombre individuo, se supone que el Rey nunca muere, reviviendo siempre, para la sociedad monárquica, a través de la sucesión... Los filósofos, al ser ilustrados y, por lo tanto, liberales totalmente materialistas, niegan que el hombre sea un compuesto de alma y cuerpo... O, si niegan que el hombre tenga alma, ¿cómo queréis que concedan el espíritu rector a la ciudad? (27).

De todos los representantes reaccionarios, el príncipe de Canosa era, sin duda alguna, el más positivo desde el punto de vista práctico: Tras su segunda exclusión del Gobierno napolitano, en mayo de 1822, se estableció en Génova y, desde allí, comenzó a tejer los hilos de un amplio y organizado movimiento integralista.

A este respecto podemos decir que Canosa fue el único centro motor, el único instrumento de enlace entre los diversos grupos; el único, en suma, que tuvo una visión clara de la necesidad y funciones de un verdadero reaccionarismo «internacional».

Y, en parte, también consiguió preparar —por lo menos en el plano intelectual— un razonamiento concreto.

Dice Vitale: «Encerrado en su residencia genovesa, con las armas en la mano para poder hacer frente a cualquier atentado, se dedica a construir con tenacidad una trama de relaciones con todos los que apoyaban la *buena causa*. Es preciso animar a los buenos, porque se hallan éstos tan sumamente deprimidos que incluso llegan a avergonzarse de llamarse católicos y realistas. Por lo tanto, consolida las viejas relaciones y establece otras nuevas con Giuseppe Torelli, el Bali Samminiattelli, Cesare d'Azeglio, Giocchino Ventura, Monaldo Leopardi..., relaciones que, junto con luchas alternas y movimientos de solidaridad, van a presidir su vida y a dejar una impronta en la historia de la cultura y del pensamiento político» (28).

El príncipe de Canosa fue, por lo tanto, «el activista» del movimiento reaccionario. Por los cargos desempeñados y por las relaciones que mantuvo con los diversos grupos, vino a ser como el punto de apoyo del integralismo.

Monaldo Leopardi era un «solitario» que, además, tendía al aislamiento como elemento necesario para poder elaborar aquellos temas básicos para su

(27) *La Voce della Verità*, 26, 8, 1831.

(28) S. VITALE: *Il Principe di Canosa e l'Epistola contro Pietro Colletta*, Nápoles, 1969, pág. 56.

doctrina. Desde el punto de vista práctico, De Maistre era más activo que Leopardi, pero parecía un poco desarraigado de la realidad a causa de su origen aristocrático. Este origen suyo constituía una especie de barrera no sólo en el plano intelectual, sino con respecto al mundo exterior. Los otros centros reaccionarios venían a ser algo secundario, sin demasiada importancia, en una situación que precipitaba todas sus desventajas.

El príncipe de Canosa era, por consiguiente, el único «activista» de un grupo cada vez más heterogéneo y, conviene repetirlo, desligado. Un «activista» que quizá no estuviese a la altura de De Maistre desde el punto de vista cultural, pero que estaba suficientemente informado como para poder sostener polémicas con sus críticos.

Violentísimo en las disputas, fue, desde luego, muy feroz al analizar la famosa *Epístola*, de Pietro Colletta, quien lo había descrito de manera tan sumamente negativa que había creado una especie de «leyenda negra» en torno a su persona (29).

El príncipe de Canosa fue, a su modo, un demócrata. Sólo fiel a una de las fórmulas típicas del absolutismo integralista —«Todo para el pueblo, nada con el pueblo»— demostró no estar de acuerdo con las tesis de carácter Hasbúrgico, enemigos de toda «apertura», al sostener, por el contrario, la necesidad de una participación popular —aunque fuera moderada y controlada— en el ejercicio del poder.

El no discutía en cuanto a los criterios de aplicación de las fórmulas integralistas; sólo era intransigente con respecto a los principios, al no admitir que pudiesen ser atacados.

Surgió en torno a su figura una leyenda de ferocidad y torpeza. Es posible que la causa de esta leyenda no fuese tanto su conducta como sus aseveraciones y su intransigencia, que no admitía compromisos.

El nombre de príncipe de Canosa se asocia hoy con el reaccionarismo más retrógrado y menos abierto, en la peor acepción de la palabra. Pero es necesario que, honradamente, reconozcamos que muchas de las culpas que se le atribuyen disminuyen a la luz de un análisis histórico más real.

Su figura queda encuadrada en el contexto social y político en el que actuaba. Quizá sólo así sea posible comprender muchas cosas. Sobre todo, es posible comprender la esencia de aquella concepción, de la que él fue uno de sus más encarnizados defensores.

\* \* \*

---

(29) S. VITALE: Op. cit., págs. 7 y sigs.

«El poder procede de Dios y es sagrado; rebelarse contra el poder legítimo equivale a rebelarse contra Dios; el Estado debe basarse en la religión e inspirarse en ella; ergo, el poder espiritual, y, por consiguiente, el papado deberán tener supremacía sobre el resto de los Gobiernos» (30).

Rígidamente apegada a estos principios, la reacción ochocentista celebró sus últimas batallas en el clima incierto de la Restauración. La experiencia jacobina, la época napoleónica, habían dejado huellas difíciles de borrar. En el mismo campo reaccionario había un sector que creía que no era posible ignorar todo lo que había sucedido; antes bien, que era necesario aprovechar las oportunas enseñanzas de los precedentes. En este sentido, el más «posibilista» era De-Maistre. Los demás se aferraban a posturas de absoluta intransigencia.

La ortodoxia de estos paladines de la reacción comenzó a molestar incluso a los Gobiernos por los que combatían. Se tornaron molestos en una época en que el compromiso era algo básico para cualquier equilibrio político; por lo tanto, poco a poco se les fue privando de todo poder y quedando marginados. Durante mucho tiempo permanecieron como ignoradas Casandras, en un mundo que cambiaba demasiado deprisa.

FRANCESCO LEONI

## R É S U M É

*Cet article traite des événements qui, dans le champ des doctrines politiques, suivirent la Restauration, dans le cadre de l'Histoire de l'Italie. Après la chute de Napoléon, la Péninsule Italienne retourne à la même situation que celle qui a précédé la Révolution Française, c'est à dire à différents Etats avec un régime de monarchie absolue, certains sous l'influence autrichienne, et d'autres étroitement liés à la politique des grandes puissances centro-européennes.*

*Les expériences de la Révolution et de l'époque napoléonienne influencèrent de façon définitive la pensée des conservateurs italiens, divisés en partisans d'une plus grande ouverture, en considération aux temps nouveaux, et en partisans d'un retour à l'absolutisme le plus strict et le plus rigide.*

*Cet article illustre l'action, l'oeuvre et l'influence idéologique des trois principaux représentants du mouvement conservateur italien pendant la première moitié du XIXème siècle: Joseph de Maistre à Turin, Monaldo Leopardi dans l'Etat Pontifical et Antonio Capece Minutolo di Canosa dans le Règne des Deux Siciles.*

(30) R. PEDRIZZI, Cit.



*Bien que liées au principe fondamental de l'absolutisme des années 1800 —"trône et autel"— les idéologies de ces trois hommes politiques diffèrent entre elles, surtout, plus que sur le plan de l'importance doctrinale, dans celui des réalisations. Le plus perspicace de tous fut, sans aucun doute, le Comte de Maistre, le plus réaliste le Prince de Canosa et le plus intransigeant le Comte Léopardi. Ces trois idéologies aboutirent peu à peu à une situation d'intransigeance, quelquefois désagréable même pour ces souverains dont les intérêts étaient défendus par les trois légitimistes.*

#### S U M M A R Y

*The article refers to the events in the field of political ideas after the Restoration in Italy. On Napoleon's fall the Italian Peninsula returned to the situation prevailing before the French Revolution, that is to say several absolute monarchical states, some of which were under the influence of Austria, and others closely linked to the policies of the great centro-European powers.*

*The revolutionary and Napoleonic experiences definitively influenced the thought of Italian conservatives, divided into those who were in favour of an opening up towards new times, and those who favoured a blind return to the old absolutism.*

*The article describes the ideological influence of the three principal representatives of Italian conservative thought during the first half of the nineteenth century. These were Joseph de Maistre in Turin, Monaldo Leopardi in the Papal States and Antonio Capece Minutolo di Canosa in the Kingdom of the Two Sicilies.*

*Although linked to the fundamental principle of nineteenth century absolutism, "throne and altar", the respective positions of the three men differed amongst themselves, although more in the realization than in doctrine. The most acute of all, without any doubt, was the Count de Maistre, the most realistic was the Prince of Canosa and the most intransigent was the Count Leopardi. These three positions gradually moved towards an intransigence which was sometimes even disagreeable for the sovereigns whom they served.*

